

Formas de participación y experiencia política durante el primer franquismo: la pugna por los principios ordenadores de la vida en comunidad durante el periodo de entreguerras (1936-1947)*

David ALEGRE LORENZ
Universitat Autònoma de Barcelona

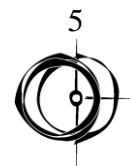
El nuevo Estado español será una verdadera democracia en la cual todos los ciudadanos participarán en el Gobierno por medio de su actividad profesional y de su función específica.

Francisco FRANCO, noviembre de 1937¹

De pasados vacuos y románticos: una propuesta interpretativa del franquismo a través de la participación y la experiencia política

Comprender la praxis y el corpus ideológico de algunas de las culturas políticas dominantes en el periodo de entreguerras no es un ejercicio sencillo para el hombre y la mujer de nuestro tiempo, dificultades de las que no están exentos los historiadores. A día de hoy, nuestra visión de lo acontecido en ese arco cronológico extremadamente movido y complejo está más condicionada de lo que posiblemente creemos por el descrédito generalizado de la política actual y el triunfo sin concesiones del capitalismo neoliberal, convertido este último en el eje rector del *modus vivendi* de nuestras sociedades.

Por supuesto, no digo nada nuevo al señalar la influencia que el presente ejerce sobre nuestras percepciones del pasado. No obstante, este hecho cobra una importancia decisiva cuando echamos nuestra mirada atrás desde un tiempo como el nuestro, donde la realidad parece haber perdido cualquier rastro de autenticidad y, al mismo tiempo, el lenguaje y los símbolos son puestos al servicio del mejor postor con el fin de vendernos centenares de productos indispensables en nuestras vidas diarias o, también, de cara a convencernos de las bondades de este o aquel programa electoral. Y es que, aunque pueda parecer contradictorio, a nuestra autocompasión frente a los acontecimientos de los últimos años se suma una mezcla de desprecio y también autocomplacencia en las miradas que lanzamos hacia el pasado, resentidos por las humillaciones a las que nos sometemos día a día, pero satisfechos por la altura que hemos alcanzado en términos



Artículo recibido en 31-3-2014 y admitido a publicación en 26-5-2014.

*. Este trabajo se enmarca en el Proyecto de I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación *Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)* (HAR2011-25749), dirigido por Francisco Morente Valero. No querría dejar de expresar mi agradecimiento a este último por sus consejos; también a Miguel Ángel Ruiz Carnicer por la oportunidad; no menos a Javier Rodrigo por su apoyo constante; por supuesto a Assumpta Castillo Cañiz por sus pacientes lecturas; y, finalmente, a Ferran Gallego, sin cuya generosidad y camaradería este artículo habría sido poco menos que imposible.

1. En declaraciones al *New Service*, noviembre de 1937, <<http://www.generalisimofranco.com/Discursos/pensamiento/00002.htm>>, (consulta: 26 de enero de 2014).

éticos y morales. Muy a menudo, esto se traduce en interpretaciones presentistas en torno a muchos y variados aspectos de fenómenos de época como el fascismo, el comunismo o, en el caso de España, del anarcosindicalismo, haciendo hincapié con notable insistencia en el carácter vacío y la pomposidad de su lenguaje, por un lado, o en la esencia propagandística de sus mitos y sus narrativas. Finalmente, acabamos convirtiendo en meras engañosas o estafas proyectos políticos que alcanzarían todos los ámbitos de la existencia humana y cuyo fin sería, por unos u otros medios y con mayor o menor éxito, la transformación integral del individuo y de la vida en comunidad.

Bien mirado, el fin de la historia preconizado por Fukuyama hace ya más de dos décadas, justo cuando el comunismo y la socialdemocracia europeos comenzaban a descomponerse, tan solo se ha visto cuestionado parcial y, quizás, temporalmente, a la espera de que regresen los buenos viejos tiempos. Mientras tanto, desde la avanzadilla de la civilización contemplamos y retiramos cualquier crédito a aquellas diferentes concepciones del progreso canceladas y negadas a lo largo del siglo XX por el triunfo del bien y la verdad, encarnados a su vez en la democracia liberal y el capitalismo. De acuerdo con ciertas interpretaciones, esos proyectos políticos fracasados –algo que se hace especialmente patente en el caso del comunismo o el anarcosindicalismo– habrían sido concebidos por la hipocresía de hombres sin escrúpulos que invocarían principios absolutos y sagrados con el único fin de medrar y aprovecharse de la desgracia de millones de hombres y mujeres, arrastrando a sociedades enteras a la locura colectiva, el hambre, la extinción cultural, la muerte de masas y la guerra. Al final del camino, como resultado de la ausencia de proyectos políticos verdaderamente viables y caracterizados por unos contenidos netos y definidos, más allá de determinados objetivos sublimes y trascendentes, acabarían acentuando la crisis preexistente y creando nuevos problemas, dejando tras de sí un rastro de muerte y desolación.

6

No obstante, en el otro extremo, frente al más absoluto escepticismo los hombres y mujeres de hoy, también corremos el riesgo de caer víctimas de visiones románticas del periodo de entreguerras, donde el mundo todavía era virgen, la vida ofrecía aventuras excitantes con un sentido y razón de ser más allá del individuo y éste aún podía aspirar a la conquista de la pureza y de una sociedad más justa. Al fin y al cabo, la nostalgia por lo vivido y, también, por lo no vivido es algo común a nuestra especie, y muchos de los últimos acontecimientos y fenómenos acontecidos en Europa parecen apuntar en este sentido.

Por suerte o por desgracia, las cosas nunca suelen ser tan sencillas. De hecho, ninguno de estos diagnósticos de la realidad propios del momento actual serían extraños para millones de hombres y mujeres del periodo en cuestión, cada uno de los cuales, a su modo, habría tenido su propia visión político-social de las cuestiones básicas referentes a su entorno –realidad y diversidad que a menudo les negamos, sobre todo cuando los introducimos sin compasión en nuestros análisis dentro de categorías que se asemejan más a entelequias que a realidades manifiestas–. Tampoco les fueron ajenas las concepciones románticas de pasados más o menos distantes o las suspicacias y condenas de otros no tan lejanos, como el siglo del liberalismo. Al fin y al cabo, como ocurrió en el resto de Europa durante el mismo periodo, el fascismo español y la dictadura que se constituyó a partir de los diferentes grupos de la derecha que fueron confluyendo en torno a aquél tuvieron que abordar los innumerables retos planteados por la crisis de la modernidad y, sobre todo, uno de sus correlatos fundamentales: el ascenso de las masas a la esfera de la política, que a pesar de haberse convertido en un lugar común empleado por toda la historiografía sigue siendo plenamente útil y necesario en cualquier análisis del periodo. Tal y como ha señalado González Calleja, si

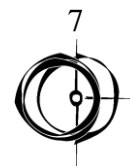
algo caracteriza al fenómeno en cuestión es la puesta en marcha de “dramáticas transformaciones que experimentan los repertorios de acción colectiva” en lo que son “periodos de cambio acelerado, cuando aparecen *numerosos movimientos que compiten por la atención y el apoyo de la ciudadanía*. En esas circunstancias, el afán por demostrar que determinados movimientos son más atrevidos y eficaces que sus competidores intensifica y acelera la evolución de los repertorios hacia formas más radicales”². Así pues, esta nueva dimensión de lucha por las lealtades políticas en la esfera pública no sólo dio lugar a la emergencia generalizada de nuevas prácticas políticas y formas de acción colectiva, sino que al mismo tiempo produjo la apertura de una enconada pugna por la definición y apropiación de los valores esenciales y las ideas o conceptos que regirían la vida en sociedad: justicia, patria, comunidad y sociedad, democracia y socialismo, participación y representación, progreso, revolución o libertad son solamente algunos de ellos. Esto es lo que nos permite entender declaraciones de principios como las que encabezan este artículo, donde Franco reclama sin ningún pudor para su Estado la condición de verdadera democracia, algo que tiene su correlato en la distinción que el propio Hitler establecía entre una *jüdische Demokratie* (democracia judía), representada por la República de Weimar, y la *germanische Demokratie* (democracia alemana), encarnada a la perfección por el Tercer Reich³. Precisamente, las disputas en torno a estos conceptos, así como su definitiva apropiación y dotación de contenidos por parte del franquismo como forma de legitimar su ejercicio del poder, constituyen algunas de las cuestiones básicas que trataré de abordar en este artículo.

Así pues, parece necesario y beneficioso desde el punto de vista historiográfico realizar un ejercicio de abstracción para comprender la naturaleza y *modus operandi* de las diferentes formas de participación y experiencia política durante el franquismo. Como sugería anteriormente, al igual que en el caso del resto de fascismos europeos, la dictadura nacida de la guerra civil supuso o conllevó un intento de apropiación de las ideas de participación y democracia por parte del régimen y sus ideólogos, presentando su particular proyecto político como la mejor interpretación y, al mismo tiempo, la verdadera encarnación de dichas ideas. Por ello, creo que el único modo de acercarnos a esta realidad pasa por el análisis de los discursos y aspiraciones de los intelectuales y próceres del franquismo al tiempo que atendemos a la plasmación fáctica de sus planteamientos a ras de suelo, poniendo siempre en perspectiva otros fenómenos europeos contemporáneos que nos ayuden a entender las peculiaridades y naturaleza del caso en cuestión. En este artículo, y para el periodo abordado, que iría de 1936 a finales de los años 40, partimos de la consideración del franquismo como un régimen de naturaleza fascista por diferentes razones que se irán dilucidando a lo largo de mis posteriores razonamientos.

Finalmente, este artículo no se enmarca *stricto sensu* dentro de mi ámbito de trabajo habitual, sino que en origen surgió de la necesidad de dar con un instrumento de análisis que me permitiera entender cómo necesariamente el fascismo tuvo que plantear sus propias vías para la participación simbólica y *de facto* –dimensiones que en la época seguramente no se entendieron como algo separado– de los individuos y, en última instancia, las sociedades bajo su gobierno en medio de la era de las masas y de un clima

2. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011, p. 20. La cursiva es añadida.

3. Véase Angelika BREIL, “Studien zur Rhetorik der Nationalsozialisten (Fallstudien zu den Reden von Joseph Goebbels)”, Bochum, Ruhr Universität, 2006, tesis doctoral inédita, pp. 241-243.



de crisis generalizada. Como un fenómeno de su tiempo donde los haya, podemos observar que las respuestas del fascismo al reto planteado en este ámbito fueron radicales, muchas veces marcadas por el diálogo, la apropiación y resignificación de elementos y discursos propios de otras culturas políticas dentro de un espacio de circulación ideológica compartido⁴. No bastaba con la mera reacción y la vuelta atrás: era necesario plantear un proyecto político atractivo más allá del terror y la coerción. Y es que, en ciertos aspectos esenciales, la historia había llegado a un punto de no retorno a la altura de los años 30, tanto que muchos contemporáneos necesitaban sentir que su humilde aportación podía contribuir al mejoramiento de la vida en comunidad y, por qué no, a la construcción del futuro nacional, de ahí que el fascismo hubiera de lidiar con los retos del complejo mapa social y político-cultural que sin duda contribuyó a crear y que, en cierto modo, *heredó* y destruyó. Así pues, voy a tratar de mostrar algunas formas de participación social y política bajo el fascismo, atendiendo como objeto central de estudio al caso español entre los años 1936 y 1947, el único que sobrevivió en Europa más allá de la Segunda Guerra Mundial.

Ética y estilo fascistas: doctrina y praxis política del fascismo español durante la guerra civil y la posguerra

8 Sin duda alguna, entre otras muchas cosas, la guerra civil inauguró en ambas retaguardias un nuevo modo de entender las relaciones sociales y la política, dimensión esta última que inundó todos los aspectos de la cotidianeidad.⁵ De hecho, todo apunta a que las ideas de participación y experiencia política dominantes en la época adoptaron una naturaleza notablemente maximalista, que sirve como punto de partida de este artículo, una perspectiva necesaria si nuestro objetivo es aprehender lo que significaron e implicaron en toda su extensión. De hecho, cuando hablamos de participación nos referimos *in extenso* a las muy variadas formas en que los individuos participaron del régimen y contribuyeron a la consolidación de sus dinámicas internas entrando en su lógica y, no menos importante, cómo el régimen hizo suyas todas las manifestaciones de la cotidianeidad, obteniendo credibilidad y legitimidad.⁶ Precisamente, fue propia de los regímenes fascistas una cierta flexibilidad que dejó la puerta abierta a la participación de los individuos sin preocuparse demasiado de su grado de implicación con sus propias prácticas y discursos, lo cual hacía posible un consenso de diferentes niveles. Por último, en no pocos casos el fascismo se fundamentó en su capacidad para hacer creer a cada uno de sus militantes, simpatizantes y potenciales apoyos que era aquello que cada uno creía o veía en él, ajustándose a las necesidades y deseos de las más dispares

4. Véase, por ejemplo, Richard SAAGE, “Fascism – Revolutionary Departure to an Alternative Modernity? A Response to Roger Griffin’s ‘Exploding the Continuum of History’”, *European Journal of Political Theory*, 11/4 (2012), p. 431.

5. Sobre la cesura radical que ésta supuso y las dinámicas que puso en marcha entre los sublevados véase Javier RODRIGO, “Violencia y fascistización en la España sublevada”, en Francisco MORENTE (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 79-95 y “A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista”, en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, IFC, 2013, pp. 143-167.

6. Esto fue expresado de forma magistral para el caso del Tercer Reich por Victor KLEMPERER, *LTI: La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2007 [1947].

realidades individuales.⁷ Así pues, éste penetraría en la sociedad haciéndose a medida de cada individuo –y cada individuo haciéndolo a su medida– y resultando útil, todo ello siempre que existieran las condiciones y el grado de afinidad necesarios para que se produjera esta convergencia o diálogo.⁸ En este sentido, las dimensiones inherentes a la participación y la experiencia política nos ofrecen una oportunidad inmejorable de reenfocar la manida y decisiva cuestión del consenso desde una nueva perspectiva, mostrando las múltiples formas de implicación activa en el día a día y en las políticas del régimen, mucho más allá de la mera pasividad que a menudo se presupone. Al fin y al cabo, las mismas ideas de consenso, respaldo, apoyo o adhesión llevan implícitas en sí mismas un cierto halo de pasividad que, si bien válido para referirse a las actitudes de millones de españoles, no nos muestran en su justa medida la implicación activa de centenares de miles de ellos, sin duda alguna más decisiva a corto plazo en la constitución y consolidación del franquismo. En definitiva, la idea de participación, sobre todo, nos puede permitir entender muchas de las dinámicas sociopolíticas instauradas por el régimen nacido de la sublevación militar y civil del 18 de julio, así como su propia naturaleza.

Concretamente, en el caso de la España sublevada la guerra pareció devolver a las cosas su apariencia simple, remitiéndolas a su estado más puro y, en definitiva, haciendo de la realidad un mundo por ganar, un gigantesco espacio a la espera de ser devastado, conquistado y redimido por los abanderados de la civilización, todo ello con el único fin de dar lugar a la *tabula rasa* sobre la cual se levantaría lo que se pretendía como un Nuevo Orden.⁹ El fascismo español esperaba mucho de aquella guerra, elevada desde el principio a la condición de hito trascendental e instante liminal de la historia nacional. De este modo, a la par que purificaba la tierra con su fuego libertador había de sembrar las semillas del amanecer de España.¹⁰ La sangre derramada en las retaguardias debía servir para aplacar el ansia de paz y justicia existente entre los españoles, y de las trincheras abiertas en el cuerpo de la patria habría de nacer un nuevo hombre capaz de abordar los retos planteados por los nuevos tiempos. La ansiedad y el trance producido por el conflicto, vivido como un choque de civilizaciones, se puede observar en múltiples documentos y declaraciones de la época, como refleja el siguiente poema:

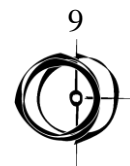
Todo se ha muerto para los poetas.
Sólo quedan rastrojos, agua fresca,
ciego sol, campo duro... ¡quedan flechas!

7. Evidentemente, no se puede negar la importancia que tuvieron la violencia y la represión en la búsqueda de los consensos sobre los que se construyeron los fascismos, tanto antes como después de constituirse en regímenes políticos. Para el caso español destacaría Javier RODRIGO, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008. Para el caso alemán son esenciales los trabajos de Robert GELLATELY, como *La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*, Barcelona, Paidós, 2004.

8. Esto ha sido trabajado en el caso del nacionalsocialismo alemán y el Tercer Reich por Moritz FÖLLMER, “Was Nazism Collectivistic? Redefining the Individual in Berlin, 1930-1945”, *The Journal of Modern History*, 82/1 (2010), pp. 98, donde se aporta un punto de vista sorprendente.

9. Sobre la simplificación de la realidad traída por la guerra véase Santos JULIÁ, “Los nombres de la guerra”, *Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 15-38; Pablo GÓMEZ, “Ese sangriento carnaval. Experiencia y narración de la revolución social en la España sublevada (1936-1939)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4/2 (2014), pp. 43-63; y, también, sobre los límites de los discursos Nelly ÁLVAREZ, “El teatro como arma de combate durante la guerra civil en la España sublevada (Valladolid, 1936-1939)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4/2 (2014), pp. 64-87.

10. Al respecto véase Javier RODRIGO, *Cruzada, Paz, Memoria. La guerra civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013, pp. 9-85.



queda afán de luchar. ¡Queda la guerra!
¡Venturosa preñez de nuestras musas,
con los senos abiertos como hogueras,
quemando el viento con la llama ardiente
que ha de prender la *nueva sementera!*

Todo ello abría la puerta para la participación de millones de hombres y mujeres en la historia dentro de una relación privilegiada con ésta que, a su vez, dotaba cada acto individual de un carácter político y un sentido trascendente único y, finalmente, situado más allá de la mera cotidianeidad: la construcción de un mañana mejor y la superación de un pasado caduco.¹¹ De pronto, la política parecía inundarlo todo a través del sueño de la movilización total, uno de los objetivos esenciales de cualquier fascismo en su eterna búsqueda de la plena autoconsciencia de los individuos respecto a su condición, su lugar en el mundo y su razón de ser, lo cual debía llevar necesariamente y dentro de los cauces adecuados para ello a la confluencia y comunión de todos ellos en la comunidad nacional o *unidad de destino*: “¡Clarines...!/ ¡Iluminad los campos de mi patria, llevándonos a *todos a la guerra!*”. Semejante marco propiciatorio abría un sinfín de nuevas posibilidades a la participación y la experiencia política de hombres y mujeres, participación que, por lo demás, era requerida y estimulada de forma activa para poder asumir las titánicas tareas que debían ser abordadas con urgencia, pues “Hay que poner sobre la España vieja/ las piedras de la nueva!”¹².

Reflexionando en torno al pensamiento de Heidegger y con el rugido de la fusilería muy presente, Pedro Laín Entralgo expuso una serie de ideas fundamentales para comprender el modo en que concebía el fascismo español la participación y la experiencia políticas, partes constituyentes de una misma realidad y modo de sentir lo político. De acuerdo con el dirigente falangista, el modo de ser fascista se fundamentaría sobre la sublimación del principio de acción, que no sería sino voluntad llevada a la práctica. Ese era el estilo de Falange, que más allá de una huida implicaba la asunción del reto de la modernidad, el abordaje de la realidad presente: “Al modo de ser le aplicamos la voluntad y al estilo decisión determinante, [...] una concepción del estilo más ‘humana’ [...]: el estilo, como voluntad permanente e inédita de realizar en la vida nuestro modo de ser”. En este sentido, se trataría de permear la realidad con la voluntad de acción, pues sólo ésta podía garantizar la movilización total, la victoria en la guerra y, por tanto, la realización del proyecto fascista. Todo ello haría posible no sólo la participación del mayor número de hombres y mujeres en las tareas del nuevo estado y la comunidad nacional, sino también la forja colectiva, encarnación y difusión de ese nuevo modo de ser que se haría presente en los propios actos de los individuos. Por lo tanto, es en la acción donde cobraría cuerpo el fascismo, pues en ella reside su razón de ser, en la lógica del movimiento permanente, de ahí que los partidos llamados a vertebrar la nueva vida en comunidad sean denominados *Movimiento*, en el caso español; *Bewegung*, en el caso alemán; o, también, *pokret*, en el caso croata, por citar algunos ejemplos. Esto constituye por sí solo una auténtica declaración de principios, lo cual queda perfectamente expresado en las palabras de Laín Entralgo, quien señalaba que “nuestro estilo, [...] no es, como en el planteamiento de Heidegger, *inquirir sobre o entender de*. Nuestro modo de ser está en *servir a* y en *luchar por*. Empleemos las palabras precisas de José Antonio: ‘Tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada

11. Muchos respondieron a la llamada de su tiempo, tal y como demuestra José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ, “De puños y pistolas. Violencia falangista y violencias fascistas”, *Ayer*, 88 (2012), pp. 140-141.

12. “Canto a la guerra”, *Jerarquía. La revista negra de la Falange*, 1 (1936). La cursiva es añadida.

uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esa actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida'. Servir a, luchar por: tal es, según definición del que lo creó, nuestro modo de ser"¹³. Unas palabras que, sin duda, serían plenamente suscritas por cualquiera de sus contemporáneos y homólogos europeos. De hecho, esta visión estaría plenamente relacionada con la crítica más común del fascismo a la democracia liberal, vista como el imperio de la "cháchara" y de una burguesía blandengue, donde las palabras y los buenos propósitos nunca se traducirían en hechos concretos, como subraya *Rojo y negro*, el polémico film falangista de Carlos Arévalo.¹⁴ Por lo tanto, queda claro que a ojos del fascista todo lo que repercute en beneficio de la comunidad nacional es militancia y participación, defendiendo una forma total de política que alcanzaría todos los ámbitos de la existencia y la cotidianeidad.

En este sentido, la guerra plantearía el necesario escenario redentor que haría posible la democratización de lo sublime y la relación privilegiada de millones de hombres y mujeres con la historia, abriendo una puerta para la exaltación y transformación del ser humano a través de la lucha en el frente; la forja de la comunidad nacional en la retaguardia por medio de la violencia y la represión; la difusión de la nueva palabra revelada a través de la cultura y la propaganda; o, también, del apoyo al esfuerzo bélico por medio del trabajo en el campo y en las fábricas o el cuidado de los hogares donde los hombres se hallarían ausentes.¹⁵ Cada acción, tarea y esfuerzo debía ser capitalizado y encuadrado en la lucha por España, algo que se conseguiría gracias al marco de la guerra y la correspondiente codificación mito-poética de la realidad a través del lenguaje. De hecho, esta idea del escenario estaría en plena relación con la concepción del mito elaborada por Georges Sorel como argamasa identitaria e instrumento de movilización colectiva: "Hay que valorar los mitos como medios de actuación sobre el presente; toda discusión acerca de la manera de aplicarlos materialmente sobre el curso de la historia carece de sentido. Sólo importa el conjunto del mito"¹⁶. Y es que el fascismo siempre aparecería obsesionado por la necesidad de construir el mito *in situ*, es decir, al tiempo que tiene lugar la historia, de ahí el constante despliegue de medios de todo tipo por parte de los diferentes regímenes. La idea básica era dar lugar a las condiciones necesarias para que la historia transcurriese dentro de un escenario extraordinario y palingenésico que, por sí solo, diera sentido y trascendencia a la experiencia y la participación individuales más allá de ellas, al tiempo que favorecerían la transformación de hombres y mujeres. Mediante este esfuerzo permanente se intentaba superar la anomia producida por el ascenso de las masas y el impacto de la modernidad, al tiempo que se favorecía su encaje en una nueva



13. Pedro LAÍN ENTRALGO, "Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange", *Jerarquía. La revista negra de la Falange*, 2 (1937).

14. Carlos ARÉVALO, *Rojo y negro*, CEPICSA, 1942. Disponible online: <<https://www.youtube.com/watch?v=P15UdxT3gKA>> (consultado el 30 de enero del 2014).

15. La participación activa como forma de implicación del individuo estimulada de forma premeditada por el régimen durante la guerra ha sido destacada por Antonio MIGUEZ, "Perpetradores y gente corriente: la mirada del otro", en Oscar RODRÍGUEZ BARREIRA (ed.), *El franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores. Espai/Temps*, 62 (2013), p. 73. El despliegue de la violencia en las retaguardias debía servir como factor para la decantación del *nosotros* y del enemigo. Algo también destacado en RODRIGO, *Hasta la raíz*.

16. Georges SOREL, *Réflexions sur la violence*, París, Marcel Rivière, 1950 [1908], p. 180.

comunidad nacional convertida en *unidad de destino*.¹⁷ Tal y como apuntara Legaz Lacambra: “en las grandes convulsiones históricas, [...] la idea de patria [...] actúa de revulsivo, operando el milagro de que las almas hundidas en el decadentismo de las pequeñas virtudes burguesas encarnen de nuevo cualidades heroicas y se den en abundancia los más sublimes ejemplos de salvación de la ‘persona’ en la ofrenda alegre de la vida”¹⁸. Para Robert Brasillach, quien elevaba la Cruzada española a la condición de mito del fascismo europeo de acuerdo con la definición aportada por el propio Sorel, “Las llamas de la guerra española han acabado por dar a estas imágenes su poder de expansión, su cromatismo religioso. No hemos podido ignorarlas”¹⁹. De hecho, más allá de la visión descarnadamente racional de la guerra elaborada por Schmitt, Legaz Lacambra apostó por una visión ideal de la guerra como escenario donde se pondrían en liza los valores esenciales y eternos consustanciales al hombre y que, en última instancia, harían posible su salvación. Por lo tanto, más allá del estado de excepción schmittiano, la guerra debía existir como búsqueda del triunfo de la verdad inherente al ser humano, por ello creía que “El hecho de que la guerra sea un factor de auténtica ‘personalización’, de salvación de la personalidad” hacía que “el nationalsindicalismo no pueda renunciar a la justificación ideal de la guerra. Y no puede ser justa una guerra que no tienda, en primero o último término, a la defensa de aquellos valores cuya subsistencia hace posible la salvación de la personalidad”²⁰.

No por nada, uno de los principales rasgos de la crisis de la modernidad que enfrentaría el fascismo en toda Europa tendría como punto fundamental lo que fue vivido por muchos como una deriva espiritual generalizada, una debacle que se traduciría en la disolución y la decadencia de la civilización o, dicho en otros términos, en un sentimiento de angustia, ansiedad y miedo frente a la muerte. De acuerdo con el diagnóstico de los fascismos europeos, esto desembocaría en la atrofia y parálisis del individuo y, por tanto, en su incapacidad para enfrentarse con éxito a la vida y preservar su propia pureza. Por ello, el fascismo se presentaría como la solución para la superación de dicha crisis, superación que tendría lugar a través de la forma más sublime de experiencia y participación política: la acción en la guerra, que permitiría una convivencia directa con la muerte tanto en el frente como en la(s) retaguardia(s) y, finalmente, su resignificación. Llegados a este punto, Laín Entralgo se permitía criticar las implicaciones del pensamiento inserto en *Sein und Zeit*, un diagnóstico según él acertado para el cual, no obstante, cabía buscar soluciones, pues al “admitir que estancia es temporalidad, llega Heidegger a esta terrible secuencia: la raíz última del existir es la nada. De ahí que ese ser-para-la-muerte le conduzca necesariamente a una angustia existencial, la angustia de-la-muerte”. El miedo a la muerte, el miedo al no ser o al ser nada –síntomas todos ellos de una modernidad de masas cuya máxima expresión sería la

17. Un buen ejemplo para el caso español lo encontramos en Gustavo ALARES, “La conmemoración del Milenario de Castilla en 1943. Historia y espectáculo en la España franquista”, *Jerónimo Zurita*, 86 (2011), pp. 149-180; para el caso italiano son destacables los horizontes urbanos de la futura revolución nacional concebidos por Mario Sironi, en Emily BRAUN, “Mario Sironi’s Urban Landscapes: The Futurist/Fascist Nexus”, en Matthew AFFRON y Mark ANTLIFF (eds.), *Fascist Visions: Art and Ideology in France and Italy*, New Jersey, Princeton University Press, 1997, pp. 101-133.

18. Luis LEGAZ LACAMBRA, “Sentido humanista del nacional-sindicalismo”, *Jerarquía. La revista negra de la Falange*, 3 (1938).

19. Robert BRASILLACH, “Ce mal du siècle, le fascisme”, en *Notre avant-guerre*, París, Plon, 1941, p. 237.

20. LEGAZ, “Sentido humanista del nacional-sindicalismo...”.

Gran Guerra y sus consecuencias– sumiría al individuo en el más absoluto relativismo respecto a la vida, apartándolo de lo sagrado y, por tanto, de cualquier posibilidad de salvación. Frente a ello, Laín Entralgo recuerda que

‘La muerte es acto de servicio’, dijo José Antonio: y, luego, ‘Heroísmo es dar la existencia por la esencia’. El ser-para-la-muerte lo hemos escrito y vivido los españoles más intensamente que nadie. Con más intensidad pero con distinto sentido: porque nuestra serie analítica no termina en la Temporalidad –Ser-para-la-muerte-Ex nihilo, sino en Temporalidad –Ser-para-la-muerte-A Deo. A Deo. Ahí está el término auténticamente español. La raíz última del existir ya no es la nada, sino el Todo. El ser ya no es nueva temporalidad, sino eternidad: [...] no da ya como fruto necesario la angustia-de-la-muerte (o ante-la-nada, [...]), sino la alegría-a-muerte, [...]. A la metafísica de la angustia opone el español, cuando sabe serlo, esa metafísica de la alegría²¹.

Y es que no hay que perder de vista en ningún momento el carácter liminal de la guerra civil, su condición de acto fundacional del fascismo español, tanto en el ámbito práctico como en el simbólico, pues es a través de ella que alcanza la síntesis y amalgama del proyecto, de los referentes míticos característicos y de los elementos más definitorios de su cultura política. Tanto es así que los redactores de la *Hoja de Campaña* de la División Azul no dudaban en calificar la “Guerra de Liberación” como momento cumbre de la historia de España, “el duro *plebiscito* de las armas había sido convocado y en él *cada pecho era una urna y un voto cada sangre* España arriba”²². De hecho, Francisco Javier Conde llega a señalar que la única forma auténtica de representación tiene lugar por medio de la acción del individuo en la historia y a través de la comunidad, frente a la idea de delegación de la *volonté générale* inherente a las democracias liberales: “El pueblo sólo es realidad política en potencia, esto es, en posibilidad. En sí mismo carece de presencia porque carece de actualidad. Cuando esa posibilidad es actualizada pasa de la pura posibilidad al acto, adquiere realidad plena”²³. Así pues, podemos ver la tremenda cesura que la guerra supuso en las formulaciones políticas de la época y en la apropiación por parte del fascismo de los conceptos definitorios de la vida en comunidad, como en este caso el de *representación*, pero también otros como los de *bien y justicia*. La Cruzada fue presentada como la puerta abierta a la superación de la crisis por medio de la participación privilegiada del ser humano en el devenir de la historia, un verdadero alzamiento democrático del pueblo en armas, expresión popular como pocas que pondría en sus manos la posibilidad de alcanzar la salvación individual y colectiva adscribiendo cada uno de sus actos individuales a la causa de Dios y, en último término, reintegrándose con su sacrificio en un *totum*. Y, por último pero no menos importante, la participación masiva de los españoles en la Cruzada hizo posible su confluencia en una misma comunidad orgánica, verdadera democracia, convertida en *unidad de destino*, algo que será decisivo en la posterior formulación institucional de la democracia orgánica y sus formas concretas de participación a mediados de los años 40. Tal y como nos recuerda Mosse, el propio Hitler entendía que un ataque duro y sistemático sería imbuido de justicia casi de forma automática, simple y llanamente por su carácter implacable y masivo que, a ojos de la gente corriente, sólo podría estar motivado por la posesión de la verdad. Pocos se



21. LAÍN, “Meditación apasionada sobre...”

22. “4 recuerdos históricos”, *Hoja de Campaña. División Española de Voluntarios*, 13 (4 de febrero de 1942).

23. Francisco Javier CONDE, “Representación política” (1945), en *Ibid.: Escritos y fragmentos políticos*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1974, p. 448.

atreverían a pensar que un ataque de semejante magnitud no estuviera respaldado por altos principios morales y un sentido sublime de la justicia. Sea como fuere, cualquier forma de democracia directa que implique y busque la reactualización de la voluntad general del pueblo precisaría de coherencia y conformidad socio-política por parte de la comunidad a la que se apela, y aquí jugarían un papel esencial la puesta en escena de los mitos y símbolos que le darían expresión²⁴.

Todo esto estaría en relación con la nueva concepción o resignificación del cristianismo en toda Europa a manos del fascismo, algo que se pone especialmente de manifiesto en el caso español y que, de cualquier forma, debería invitarnos a revisar algunas de las visiones dominantes en nuestra concepción genérica de dicho fenómeno.²⁵ Antes o después, todos los fascismos crearon la oportunidad y pusieron los medios necesarios para la salvación de su idea de la civilización, coincidente la mayor parte de las veces con la que tendrían amplias esferas de las élites eclesiásticas de las diferentes iglesias nacionales.²⁶ En el caso de España nos encontramos ante un fascismo que identificaba la causa nacional y su éxito con el de la causa de Dios, lo cual dio lugar a una suerte de *cristianismo combativo* compartido por muchos fascistas europeos. Esta nueva dimensión del *ser* cristiano en Europa, que tendría su referente ideal en los caballeros cruzados medievales, buscaría impulsar al hombre a trascender por encima de su circunstancia individual a través de su acción –convertida en la más alta virtud cristiana– sobre el curso de la historia en un sentido revolucionario y permanente, todo lo cual había de garantizar la salvación individual y, también, colectiva, dando un sentido total a la existencia individual dentro de una *unidad de destino*, que es en última instancia tarea compartida. Finalmente, ese *cristianismo combativo* buscaría la participación efectiva, constante y beneficiosa del individuo en su comunidad y sobre su entorno, una nueva pauta ética y moral que daría cuerpo a la concepción del nuevo hombre durante el primer franquismo. De ahí que Laín Entralgo señalara que “A nosotros no nos basta con la obediencia y el respeto a la autoridad, en cuanto *necesitamos el entusiasmo activo y militante de los españoles*”, tanto es así que “interesaba mostrar al católico, según un punto de vista un poco nuevo, la *obligatoriedad religiosa del servicio activo y entusiasmado* a una política nacional. [...], el cristiano vendría obligado al aumento activo y entusiasta –hasta revolucionario, en ocasiones– de la honra y la gloria nacionales. De nuevo *el ímpetu podría ser virtud cristiana*; y otra vez podría comenzar, con estilo rigurosamente actual, una historización de tantas vidas cristianas hoy espiritadas, exangües”²⁷. Por lo tanto, en el caso español

14

24. George L. MOSSE, “Fascism and the French Revolution”, *Journal of Contemporary History*, 24/1 (1989), p. 13.

25. La importancia esencial del catolicismo en el falangismo fundacional, durante la guerra y la larga posguerra ha sido señalada por Francisco MORENTE, “Los falangistas de *Escorial* y el combate por la hegemonía cultural y política en la España de la posguerra”, *Ayer*, 92 (2013), pp. 191-196.

26. Al respecto de todas estas cuestiones véase Richard STEIGMANN-GALL, *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945*, Madrid, Akal, 2007 [2003]. El autor señala, con gran acierto a mi parecer, que persiste “la idea de que, por mucho que el clero cristiano acogiese favorablemente el movimiento o por mucho que la ideología nazi se alimentase en las tradiciones cristianas, el nazismo no se puede definir como un movimiento cristiano. Es más, suele verse como anticristiano”(p. 15). Por lo demás, la obra revisa *in extenso* las tesis dominantes en torno al supuesto paganismo de la jerarquía e, incluso, la militancia nacionalsocialista, algo que en muchos casos está más condicionado por una cierta imagen mediática y popular que por una base real.

27. Pedro LAÍN ENTRALGO, *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Madrid, Editora Nacional, 1941, pp. 97 y 104. La cursiva es añadida.

este *cristianismo combativo* se descubriría como una visión eminentemente católica y humanista de la relación del hombre con la realidad, que darían su nota más característica y su razón de ser al fascismo español, forjado en la guerra e institucionalizado en el estado franquista.²⁸

Sin duda alguna, fue el propio Legaz Lacambra uno de los que lo expresó con mayor claridad al señalar que

El nacionalsindicalismo es humanista, al modo del eterno humanismo español. Humanismo que es no sólo el cristiano personalismo propio de su catolicidad, sino un determinado modo constante de sentir el hombre y la existencia. Cuando el viejo Séneca decía que *vivire militare est*, expresaba el mismo concepto que la Contrarreforma y el nacionalsindicalismo, que ha hablado, por boca de su creador, de un sentido religioso y militar de la vida. Y la Contrarreforma es humanista: [...] en el sentido más profundo, [...], de una tendencia favorable al desarrollo y aun la emancipación de la personalidad humana en todos los órdenes”.

En este sentido, el filósofo zaragozano no sólo reivindicaba para el fascismo español unos precedentes y fuentes de inspiración ilustres, sino que además defendía una reinterpretación y apropiación de la idea de libertad. De acuerdo con ella, la emancipación y salvación del hombre vendría dada por medio de sus actos y de los efectos derivados de ellos sobre su comunidad, lo cual se vería favorecido a su vez por la defensa de un modo de ser total y la posición central del hombre en el nuevo proyecto político fascista, que lo haría objeto de una revolución antropológica en sentido espiritual o religioso y que, finalmente, lo elevaría a un nuevo plano de la realidad: “Efectivamente, la doctrina de la gracia de [Luis de] Molina es una formidable valoración del esfuerzo humano, que por sí mismo, con sólo una acción conjunta de Dios (que no cae directamente sobre la voluntad, sino directamente sobre el efecto), puede labrarse su eterna salvación”. La reivindicación para el fascismo español de la doctrina de la gracia supone un estímulo para la participación del individuo en la vida comunitaria y el devenir de la historia, siempre dentro del camino marcado por la fe, que es el de la dictadura. Por ello, aspiraría a la unidad del hombre emanada de su doble dimensión como ser individual con su propio fuero interno y como sujeto político volcado sobre la comunidad. De hecho, para Legaz Lacambra el valor del humanismo contrarreformista residiría en su capacidad para conservar y defender esa unidad esencial del hombre, que restituye y reivindica a su vez una respuesta total capaz de integrar todos los esfuerzos y formas de participación posibles dentro de un orden orgánico²⁹.

No por nada, el zaragozano defendería el sentido y la necesidad de un totalitarismo revisitado de acuerdo con el carácter y la tradición española, capaz, por

28. He apuntado algunas ideas básicas sobre el concepto de *cristianismo combativo* en David ALEGRE LORENZ, “‘Voces como bayonetas’. Un análisis de los textos españoles de *La joven Europa* como espacio para la codificación de la experiencia de combate, la identidad y la conciencia fascistas (1942)-1943”, *El Argonauta español*, 10 (2013), pp. 12-13. Para una visión *in extenso* sobre la cultura política del franquismo como fascismo con una matriz católica véase Ferran GALLEGO, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, Barcelona, Crítica, 2014.

29. Como bien ha señalado Ferran GALLEGO, esto explicaría el extremado interés por la historia de España entre los siglos XVI y XVII entre los miembros de la intelectualidad afecta al régimen y más cercana a postulados falangistas, periodo que además constituiría uno de sus referentes míticos ineludibles. Véase “Construyendo el pasado. La identidad del 18 de Julio y la reflexión sobre la Historia Moderna en los años cuarenta”, en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Mataró, El Viejo Topo, 2011, pp. 281-337.



tanto, de operar sobre todas las dimensiones del hombre y su entorno pero, al mismo tiempo, capaz de situar a éste como fin último del proyecto político fascista. Es decir, el estado como instrumento al servicio del hombre. De hecho, no duda en señalar que

mientras el humanismo laico renacentista conducía a un desequilibrio y rotura esencial de la unidad del sujeto humano, la concepción española imponía la unidad del hombre. Por eso, el postular con el nacionalsindicalismo un Estado totalitario que sea instrumento al servicio de la integridad de la patria, no es una contradicción, sino una confirmación del personalismo y del humanismo. [...] La nación, en efecto, para poder ser afirmada como un valor, no puede considerarse desligada de una universalidad superior, en la cual, y para la cual, realice una tarea misional³⁰.

En este sentido, el nacionalismo y la nación debían servir como argamasa esencial entre los hombres de una misma comunidad, pero esto precisaba de una proyección exterior capaz de establecer una *unidad de destino* fundamentada en la existencia de una misión universal compartida, que no sería sino voluntad de acción permanente³¹. El propio Laín Entralgo señalaba acabada la guerra que el único aliento e inspiración capaz de poner en marcha esa *unidad de destino* residía en el hombre en tanto que ‘portador de valores eternos’, que se salvaría mediante su encuentro con Dios y, por supuesto, gracias a su justo obrar, por medio del cual se manifestaría la divinidad³². Todo ello devolvería al individuo su condición de hombre, su razón de ser-en-el-tiempo, que pasa a ser-en-la-eternidad: “Servir y luchar por la unidad en el hombre y entre los hombres, la Patria, el Imperio, Dios. [...] La raíz de nuestro ser no es la temporalidad, sino la eternidad. ‘El hombre es un ser portador de *valores eternos* que tiene un alma que salvar’”³³.

Por tanto, lo que queda claro es que el abanico de formas de participación abierto por el fascismo, así como lo que éste entendió como tal, fue inmenso, siendo todas ellas asimilables entre sí como parte de un *totum* de energías que confluían de forma orgánica en un mismo esfuerzo, tanto en la guerra como más tarde en la paz. En cualquier caso, entre todas ellas destaca la sublimación del principio de acción en todos los ámbitos de la existencia como principio básico del modo de ser fascista y su comprensión de la vida:

Esta gravedad [de nuestro modo de ser] será unas veces concepción militante de la vida individual o colectiva. Otras, cierta actitud poética ante la vida misma [...], acción directa, violenta y eficaz, buscando ese camino más corto que pasa sobre las estrellas. Otras, en fin, alegre servicio a muerte sobre el asfalto o en la serranía. Y siempre lucha grave y alegre contra la dispersión y la horizontalidad, en nombre de la unidad [...] del hombre en cuanto hombre, en cuanto español, en cuanto nacionalsindicalista³⁴.

30. LEGAZ, “Sentido humanista del nacional-sindicalismo...”. No obstante, algunos años después, durante una conferencia pronunciada en Vigo señalaría en base a unos argumentos si no iguales al menos sí similares que “nuestro régimen es lo contrario del totalitarismo, porque en lugar de supeditar, como éste, el individuo al fin del Estado, somete al Estado al fin último del hombre” (Luis LEGAZ LACAMBRA, “El hombre y la guerra” [1944], en *Horizontes del pensamiento jurídico (Estudios de Filosofía del Derecho)*, Barcelona, Bosch, 1947, p. 83).

31. Véase CONDE, “Representación política”..., pp. 446-451.

32. Véase LAÍN, *Los valores morales del nacionalsindicalismo...*, p. 47.

33. LAÍN, “Meditación apasionada sobre...”

34. *Ibidem*.

La escenificación y proyección de la movilización permanente: participación y experiencia política a través de la construcción del mito

Y es que, sin lugar a dudas, una de las principales formas de participación y experiencia política en los regímenes fascistas tuvo lugar a través de la construcción colectiva de los mitos que articularían la vida en comunidad, siendo el primero de ellos el de la guerra. Esto es algo apuntado por Francisco Cobo para el caso de España, quien señalaría que el despliegue y elaboración del aparato mitológico legitimador y explicativo del franquismo favoreció la confluencia y el consenso de amplios elementos de la sociedad en torno al régimen³⁵. En este sentido, no es extraño que esa *actitud poética* del fascista ante la vida subrayada por Laín Entralgo se pusiera particularmente de manifiesto durante el segundo entierro de José Antonio, que tuvo lugar en noviembre de 1939 y que constituyó uno de los eventos de masas por excelencia del fascismo español³⁶. Partiendo desde la periferia hacia el corazón de España, el traslado a pie del cuerpo del fundador de Falange a lo largo de más de 500 kilómetros y en el curso de un peregrinar de diez días representó la escenificación real de la unidad de destino ganada en la guerra, así como también la participación activa y solemne de todas las clases que compondrían la nueva comunidad nacional. Tal y como señalaba el diario *ABC* previamente a la llegada del féretro a Madrid: “Hoy podemos decir que el campo entra en la ciudad”, en lo que constituye un claro anhelo de redención y regeneración simbólica de la ciudad corrompida por años de dominio rojo. Así pues,

Los paisajes, los pueblos, las pequeñas ciudades, han ido reflejándose en el féretro de José Antonio, en imágenes vivas que delineaban los valores, las luchas, los anhelos, la fe del pueblo español. El pueblo de los pueblos ha asistido en masa a un entierro histórico sobre el que flotaban las ideas y los impulsos de un hombre, que supo mirar a las tierras y a los hombres de la tierra³⁷.

La voluntad del régimen por presentar y producir una realidad acorde con dichos términos se pone de manifiesto en el documental producido por el Departamento Nacional de Cinematografía: la muerte de José Antonio encarnaría el drama de todo el pueblo español, presentando su fusilamiento como un golpe dirigido contra el corazón mismo de España, asimilable por sí mismo a la muerte traumática de otros tantos miles de españoles y, por lo demás, un acto asesino que buscaría cancelar el futuro nacional, sustanciado en la juventud del líder de Falange.³⁸ Todos los detalles fueron cuidados con mimo para crear el escenario sublime donde se produciría la participación real y simbólica de todos los españoles en la forja de su propia epopeya contemporánea. Tal y como señalara Sánchez-Biosca, el documental es un reflejo de la importancia central de este acontecimiento y “aparece dotado de una estructura matemáticamente calculada, en la que se combina con brillante espíritu rítmico los ciclos del día y la noche, el alba y el crepúsculo, como si el cuerpo del difunto atravesara un trayecto de dimensiones

35. Francisco COBO ROMERO, “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71 (2008), p. 120.

36. Para una visión más amplia del acontecimiento véase Zira BOX, “Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, *Historia del Presente*, 6 (2005), pp. 191-218.

37. *ABC*, 29-11-1939, p. 7.

38. *¡Presente! En el enterramiento de José Antonio Primo de Rivera*, D.N.C., 1939. Disponible online, si bien en ínfima calidad y parcialmente incompleto en <<http://www.youtube.com/watch?v=BM3tZjKbmQc>> (consultado el 29 de enero de 1939).



cósmicas que forjaran sus valores para el futuro”³⁹. Nada de esto hubiera sido posible sin esa participación activa de las fuerzas vivas de todo el país, movilizadas para reintegrar al cuerpo de la patria y la historia nacional el cuerpo martirizado del héroe caído, convertido el uno en encarnación de la otra al igual que el Hijo lo es del Padre.

Ya en los días previos a la exhumación, toda la prensa nacional se hacía eco de la llegada de millares de personas procedentes de todos los puntos del país:

Numerosos trenes especiales y largas caravanas de camiones y coches llegan constantemente a la ciudad con afiliados de Falange Española Tradicionalista de las JONS., procedentes de todos los pueblos de España. Hoteles, fondas, pensiones y casas particulares están llenos de falangistas. Se calcula que, en total, estarán mañana en Alicante, más de 150.000 personas para asistir a los actos del traslado⁴⁰.

Lo cierto es que el despliegue de medios fue cuanto menos apabullante, más en un país devastado por la guerra que a duras penas se mantenía en pie, como se observa siguiendo las crónicas periodísticas de estos días:

La Aviación, que no cesa de volar, al pasar esta vez nos ha cubierto con un gran foco de luz amarilla, a cuyo reflejo hemos visto *una mujer de rodillas*. Cuando se emprende la marcha, esta mujer sigue de rodillas por unos minutos. Las hogueras, a un lado y a otro del camino, adquieren en estos momentos grandes proporciones, que dan un reflejo rojo a la comitiva⁴¹.

Así, en medio de un clima de movilización colectiva y fervor religioso, ambos consustanciales al fascismo español, los individuos que componen esa nueva unidad de destino llevan a cabo su encuadramiento e integración real y efectiva, tal y como queda plasmado en el documental:

Se incorporan a su paso las tierras, camaradas de todas las provincias le levantan [a José Antonio] como a un amanecer y a su paso, desde la orilla del mar Latino, a través de las huertas de Levante, sobre la tierra dura de La Mancha, y en los campos mayores de Castilla La Nueva, cruzando los olivos y la sierra, día y noche, bajo la eucarística del claro corazón de noviembre. Junto a las trincheras abiertas todavía entre las señales de nuestro campamento: *los hombres, los pueblos, se conmueven*, porque su muerte provoca, como su viva juventud hiciera, la emoción y el *amor entre las gentes*, el sentido de España en su severa traza nacional.

Así pues, el traslado de los restos mortales se convierte en una enorme profesión de fe, una nueva oportunidad extraordinaria para cerrar filas a su paso y dar cuerpo a esa unidad por medio de la participación en la historia, en la construcción del mito *in situ*. Toda la comunidad al completo participa mostrando su compromiso, su recién despertada conciencia que amanece en cada uno de los puntos por los que discurre el cortejo fúnebre:

39. Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: “El Ausente, ¡Presente!: el carisma cinematográfico de José Antonio Primo de Rivera, entre líder y santo”, *Archivos de la filmoteca: Revista de estudios históricos sobre la imagen*, 46 (2004), pp. 77, véase especialmente pp. 76-85.

40. *ABC*, 19-11-1939, p. 11.

41. A la altura de 1939 Alicante tenía una población de casi 100.000 habitantes y era una provincia densamente poblada (607.000 personas), de modo que la cifra no parece exagerada si tenemos en cuenta a las personas que pudieron desplazarse desde poblaciones adyacentes. Véase Alteraciones de los municipios en los Censos de Población desde 1842, INE: <<http://www.ine.es/intercensal/intercensal.do?search=1&cmbTipoBusq=1&textoMunicipio=alicante&btnBuscarDenom=Consultar+selecci%F3n>> (consultado el 29 de enero de 2014). Para la cita *ABC*, 25-11-1939, p. 8.

De campos y villas salen a su paso los campesinos, las mujeres, los flechas, que recorren muchos kilómetros para ver el paso de José Antonio. Los pueblos están llenos de multitudes vestidas con la camisa azul, que engalanan sus casas y levantan arcos triunfales. Todo el campo español es un reguero de silencio y respeto para su memoria⁴².

Del mismo modo, en *Vértice* se señala cómo “Al borde del camino, *los hombres que pastorean el ganado alzan el brazo* al paso del cuerpo del que lo dió [sic] todo para incendiar la tierra de España”⁴³.

Por tanto, el último –en realidad penúltimo– viaje de José Antonio se convierte en una metáfora del nuevo comienzo de España, elevando el acontecimiento a la categoría de rito de paso colectivo: la supervivencia y victoria sobre el Terror Rojo. De algún modo, el acontecimiento contribuiría al restablecimiento del orden y el destino universal de España al reconstruir y representar a la inversa el camino seguido por el héroe hasta la muerte, pasando por la cárcel de Alicante, ahora convertida en Casa de José Antonio, y la Modelo de Madrid para ser definitivamente reintegrado en el panteón nacional por excelencia, El Escorial. En última instancia, el traslado y entierro de José Antonio escenifican varias cuestiones fundamentales: su resurrección; la conquista de la historia a través de la consecución de la gloria; su reintegración solemne en la tierra de España; y, por último, la reconstrucción de un nuevo dosel sagrado capaz de albergar bajo su manto protector de mitos y símbolos religiosos la *unidad de destino* del pueblo español, superando así el miedo a la muerte y alcanzando, el consuelo para el dolor de los vivos y la salvación y vida eterna de todos los Caídos por Dios y por España. Por lo tanto, ahí, queda representado el drama de España, de su más grave hora y su nuevo despertar a la vida a través de la entrada de su hijo pródigo en el panteón de los héroes, estableciendo un nexo de continuidad palingenésico entre el pasado imperial y la Nueva España: “Ya está depositado en esta piedra de nuestras victorias el cuerpo de José Antonio Primo de Rivera. Ya se ha cumplido el amanecer, el retorno de las banderas triunfales que él soñara”⁴⁴. Precisamente, hasta qué punto el de José Antonio no fue sino el caso paradigmático y, por lo tanto, asimilable al resto de mártires y caídos por Dios y por España lo demuestra el hecho de que durante los primeros años de la posguerra se sucedieran por todo el país exhumaciones, procesiones fúnebres, manifestaciones de duelo y entierros de los españoles caídos a manos de las llamadas hordas rojas. Pues bien, todos estos acontecimientos, más allá de la motivación individual que los guiaba, que sin duda alguna era el dolor por la pérdida de seres queridos, constituyen ejemplos de participación y construcción activa de los mitos y símbolos de la nueva comunidad nacional y dentro de los cauces previstos por la dictadura, que los capitalizaría por completo⁴⁵. Finalmente, como ya apuntaba más arriba, fue la participación y comunión de miles de hombres y mujeres en torno a este acontecimiento excepcional lo que le otorgó su sentido último y esencial y lo que, en definitiva, posibilitó el cumplimiento de



42. *¡Presente! En el enterramiento de José Antonio...*

43. *Vértice*, XXVII, noviembre-diciembre 1939. El número XXVIII dedica un reportaje completo al acontecimiento a lo largo de todo su itinerario.

44. *¡Presente! En el enterramiento de José Antonio...*

45. Por ejemplo, se da cuenta de ello para el caso de Granada en Claudio HERNÁNDEZ BURGOS, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1939)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013, pp. 122-123. Igualmente, el día 10 de marzo de 1941 se celebraron en Huesca unos “Solemnes funerales por los Mártires de la Tradición”, *Nueva España*, 11-3-1941, p. 2. Por lo demás, los oficios religiosos por los caídos y mártires de la Cruzada eran un lugar común cada 1 de noviembre. Véase *Nueva España*, 2-11-1946, p. 1.

su función: una experiencia política colectiva atravesada de milenarismo y fervor religioso o, dicho de otro modo, el acceso del individuo a los altares de lo sublime.

Como ya he venido señalando, más allá del supuesto anhelo de desmovilización que se le supone al franquismo, desde instancias del régimen se exigía una y otra vez la implicación activa de todos y cada uno de los individuos en la construcción de la comunidad dentro de los cauces marcados por el estado y la compleja sociedad civil que se alimentaría y giraría en torno a él⁴⁶. En este sentido, lejos de buscar una despolitización se ansía todo lo contrario: la emergencia de los españoles a un nuevo plano superior de consciencia, elevándolos y haciéndolos participar en el día a día. Para el fascismo español, igual que en cualquier otro de los casos que tomemos como referencia, la delegación y la pasividad no eran consideradas como formas auténticas de hacer política, y se oponía a ellas por sistema. Una cosa muy diferente es que la realidad quedara muy lejos de sus propósitos, pero lo cierto es que el deseo permanente sería dar a cada hombre y mujer su sentido y razón de ser a través de su lugar en el mundo, mostrando que la ansiada *unidad de destino* se haría efectiva por medio del cumplimiento de las tareas asignadas o las labores cotidianas, de ahí que José Luis Arrese hiciera hincapié en que

Al Partido no le corresponde echar sobre sus espaldas toda la labor, descargándola de los demás. Al Partido le corresponde, por el contrario, hacer que todos se sientan solidarios en su función y partícipes en su responsabilidad; le corresponde dirigir y velar por que no exista en España quien se considere desligado de la preocupación nacional, [...], la razón de ser de un pueblo es la comunidad de tarea, es la unidad de destino”.

20

En definitiva, señala, “España es una empresa [...] y en esta empresa *tenemos que implicar absolutamente a todos los españoles*”⁴⁷. Y es que, como señalaba, el régimen nacido del 18 de julio contó desde el primer día con su propia sociedad civil que, heredada del periodo anterior a la guerra o surgida al calor de ésta, trabajaba de uno u otro modo por la consecución de sus fines, entre los cuales se encontraba movilizar los esfuerzos materiales y las almas de los españoles. Sin lugar a dudas, estamos ante una cuestión que debe ser abordada urgentemente desde la perspectiva de la participación política, por mucho que empieza a haber bastantes trabajos que apuntan o sugieren ideas en este sentido.⁴⁸ Sólo esto nos dará una nueva perspectiva del régimen, tanto en lo referido a sus apoyos sociales como en lo que tiene que ver con los límites y la naturaleza de sus políticas.

Así pues, entiendo que los particulares y estos a través de las diferentes asociaciones, colectivos, agrupaciones y gremios tuvieron un papel clave en el sostenimiento moral y material del régimen, por mucho que esté pendiente de ulteriores precisiones su impacto real. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en el corriente

46. Evidentemente, no se trataría de un modelo de sociedad civil en los términos en que lo concebimos en la actualidad, pero sí de un conjunto de colectivos y agrupaciones que, próximos o dependientes del estado, defenderían determinados intereses corporativos y que, en muchas ocasiones, velarían por el cumplimiento de las obligaciones del régimen.

47. José Luis ARRESE, “Discurso a las jerarquías de Andalucía” [Málaga, 21 de junio de 1942], en *Escritos y discursos*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, pp. 155-156. La cursiva es añadida.

48. Un ejemplo es el trabajo de Miguel Ángel MELERO VARGAS, “Vecinos armados y ‘parásitos’ grises: una visión asimétrica de la participación ciudadana en la guerra civil española. Milicias populares y milicias fascistas entre el frente y la retaguardia”, el autor emplea de forma muy certera a mi parecer la idea de participación.

recurso del régimen y la sociedad civil a la llamada “suscripción popular” o “suscripción nacional”, iniciativa para recabar apoyos económicos en causas de interés colectivo. Sin ir más lejos, con los últimos escombros de la guerra aún humeantes y los ánimos enardecidos, encontramos la siguiente llamada en el *ABC*:

*Excitamos nuevamente a todos los españoles que sienten la ciudadanía para que contribuyan a esta suscripción, porque a todos interesa [...] la misión trascendental, difícil, y en muchas ocasiones abnegada y heroica, que cumplen las organizaciones sindicales y apolíticas de obreros libres. ¡Dinero, más dinero, mucho más dinero para el hambre y el dolor de los trabajadores libres perseguidos por la furia revolucionaria! Suscripción a favor de los obreros libres pertenecientes a entidades obreras no marxistas*⁴⁹.

El artículo deja una suma recaudada de 291.813,90 pesetas, una cifra extraordinaria que muestra cómo los regímenes fascistas apelaron constantemente al sentido de responsabilidad de los individuos, apelando a sus emociones y, en este caso, tal y como señalara Javier Rodrigo, sirviéndose del Terror Rojo como banderín de enganche y consenso de la nueva comunidad nacional y del relato de la Cruzada⁵⁰. Se reivindican y, por tanto, resignifican ideas como la de *ciudadano*, participativa por esencia y originada en la práctica política y las formulaciones del liberalismo de finales del XVIII, identificada en este caso con el hombre que cumple con sus responsabilidades para con la comunidad y se muestra solidario respecto a sus congéneres. Si atendemos al lenguaje, cada paso se presenta como justo e ineludible, a la par que decisivo, cada uno de ellos contribuye a edificar el futuro esplendoroso anhelado por todos, y el papel decisivo de esa nueva concepción de la ciudadanía cuyos contenidos son los de un catolicismo virtuoso. De hecho, no deja de ser curioso atender a la lista de donantes, entre los que se encuentran muchas agrupaciones y gremios, pero también particulares, en lo que constituye un pequeño retrato de las bases sociales y políticas de la dictadura:

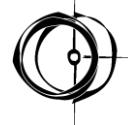
Para los obreros valientes; ¡Viva España!; Tres albañiles y dos herreros gaditanos; Uno cualquiera de Jerez; Cuatro de la C.E.D.A. y dos de la J.A.P.; Un matrimonio gallego; Una católica; Seis trabajadores de Vigo que no quieren la división de España; Un requeté de Alamillo; Uno que desea Fraternidad y Justicia; Don Ricardo de Churruca y Dotre, monárquico; Tres sacerdotes burgaleses, amantes del obrero, ¡Viva España!; Un obrero antimarxista; Dos admiradores de Calvo Sotelo”.

Esto nos da una idea de la enorme cantidad de sentimientos, proyectos y visiones de la realidad que fue capaz de congregarse en torno a la idea de Cruzada y frente al Terror Rojo, un régimen que, por lo demás, buscaría capitalizar todos estos apoyos reales y potenciales a través de cualquiera de los medios a su alcance, generando así las bases para su ejercicio del poder⁵¹.

49. *ABC*, 15-4-1939, p. 21.

50. RODRIGO, *Cruzada, Paz, Memoria...*, pp. 54-61.

51. Con tesis diferentes a las aquí defendidas, Óscar RODRÍGUEZ ha demostrado la increíble transversalidad y el carácter interclasista de los apoyos sociales de FE-JONS y FET-JONS entre 1934 y 1939, algo que también es señalado por Rory YEOMANS para el caso de la *Ustasha* o por Richard F. HAMILTON para el del nacionalsocialismo. Véase Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: “The Many Heads of the Hydra: Local Parafascism in Spain and Europe, 1936-1950”, *Journal of Contemporary History*, (2014), en prensa; Richard F. HAMILTON, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, Princeton University Press, 1982; Rory YEOMANS, *Visions of Annihilation: The Ustasha Regime and the Cultural Politics of Fascism, 1941-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2013, pp. 190-204.



No cabe duda de que el Estado previó y permitió la existencia de toda una serie de cauces a través de los cuales cualquier ciudadano podía participar en el progreso colectivo de la comunidad nacional y, asimismo, en la construcción de ésta. Una y otra vez, vemos cómo el papel del sujeto individual resulta crucial, pues de acuerdo con la doctrina católica que da forma al ser del fascismo español, la comunidad nace de la libre asociación de los hombres en el curso del devenir de la historia, producto de sus propios actos, los cuales dan lugar a confluencias naturales en torno a intereses compartidos. El fascismo español rehúye su basamento en lo que considera sujetos o entes de naturaleza abstracta como el *Volksgeist* o la *Volksgemeinschaft* reivindicados por el nacionalsocialismo y pone toda su atención en el hombre como centro de su proyecto y su particular *Weltanschauung*. Desde el punto de vista de pensadores como Salvador Lissarrague, el hombre es antes que la comunidad en tanto que es él y sólo él quien la forja y le da su razón de ser a través de su libre participación y confluencia en la realidad compartida. Por ello, éste señalaba que “No es la comunidad algo que por sí mismo exista, ni el lugar donde la persona humana deriva, sino que es algo que se forja mediante la acción histórica y libre, bien que limitada, y decisivamente operante, de la persona humana individual”. Definitivamente, el hombre es anterior y superior a la comunidad en que vive, de ahí que las apelaciones al sujeto individual sean una constante en el discurso y retórica franquistas, tal y como hemos podido ver hasta ahora: “*La comunidad [...] es algo [...] que está haciendo históricamente el hombre* “. Así pues, no se trataría de “algo hecho y prefijado, sino que su ser consiste precisamente en un estar haciéndose, en movimiento, a través de la Historia, por ciertos hombres”⁵². Desde esta perspectiva, la comunidad es una realidad que tiene lugar y sentido a través de la historia, un ente en movimiento sometido al cambio, una empresa colectiva y constantemente reactualizada que se enmarca de forma dinámica en el tiempo y el espacio. Por medio de la confluencia en ese quehacer histórico emerge la unidad ética y moral, una unidad de conciencia. Sobre esa realidad, precisamente, cobra forma el ser de la nación, al que todos los individuos deben contribuir, ya que el principio de acción es lo que caracteriza al nuevo hombre del fascismo. Finalmente, tal y como señalaba Fernando Cortés, “He aquí la Empresa: crear *un hombre de empresa*. [...], con la mira puesta en formar hombres de empresa histórica, se logrará la integración de España”⁵³. No obstante, el fascismo habría alcanzado la forma más sublime de participación y experiencia política a través de la entrada en la *Wirzeit* [la Era del Nosotros], donde la comunidad se establecería como el lugar natural donde el individuo haría ejercicio de su libertad por medio de la participación⁵⁴. Y es precisamente aquí donde cobran todo su sentido llamadas a la colaboración como la que apuntábamos un poco más arriba.

Los últimos meses de la guerra y los primeros de la posguerra son especialmente frenéticos en lo que al fervor y a la participación colectiva se refiere, dada la alegría producida por el final del conflicto, la esperanza ante la apertura de un nuevo comienzo, el clima de movilización total existente al calor de la guerra y, también, las prisas de última hora por demostrar la propia adhesión y compromiso con el proyecto de los vencedores. Por ejemplo, Queipo de Llano “invita” a los españoles a contribuir materialmente a la reconstrucción del Santuario de Santa María de la Cabeza “iniciada

52. Salvador LISSARRAGUE, “La persona y la comunidad nacional”, *Escorial*, 28 (febrero 1943), p. 295. La cursiva es añadida.

53. Fernando CORTÉS, “La empresa del Imperio”, *FE*, 3 de marzo de 1937, p. 139. La cursiva es añadida.

54. Véase Luciano PELLICANI, “Fascism, Capitalism, Modernity”, *European Journal of Political Theory*, 11/4 (2012), pp. 401-402.

para reconstruir *aquel templo que en plena sierra convirtieron en fortaleza unos cuantos héroes –hombres y mujeres–*⁵⁵. Así pues, queda abierta la puerta a la participación en la construcción de la relación privilegiada con la historia, mostrando que el heroísmo no es patrimonio exclusivo de unos pocos y que, en definitiva, todo el mundo, hombres y mujeres, podían ponerlo en práctica en cualquier momento. En este caso concreto, se proporciona la oportunidad de recodificar un espacio terrenal elevado a la condición de tierra sagrada y templo eterno del sacrificio y la muerte heroicos, dándole el lustre merecido para poder revivir la epopeya día a día, para poder recrearse para siempre en la gloria de los días de tragedia. Una vez más, se trata de escenificar el drama de la Cruzada, de hacer partícipe a la comunidad nacional a través de su reconstrucción y recuerdo dando lugar así a la comunidad de destino. Lo mismo vemos en otro caso paradigmático: “Sobre la tierra de Paracuellos del Jarama se elevará un monumento que perpetúe la memoria de los asesinados en aquel paraje por las hordas del Frente Popular. El Generalísimo acepta la presidencia de honor del Comité ejecutivo y encabeza la suscripción para el monumento con cien mil pesetas”. Una vez más queda escenificada la unidad nacional a través de la ficción de una participación colectiva en la reconstrucción y sublimación de la nación, que sitúa al donante codo con codo junto al Caudillo, salvador de España, quien marca el camino con su proceder providencial y pionero. La política del régimen está muy clara:

*Honrar a los Caídos es honrar nuestra Cruzada, cuajada de héroes y mártires. Los que cayeron en la pelea, abrazados a una muerte gloriosa, y los que sucumbieron en el aislamiento del crimen, unidos a una muerte silenciosa y oscura, nos legaron un caudal de sacrificio y de patriotismo, fecundo. ¡Qué menos que elevar sobre sus restos la señal de nuestra gratitud!*⁵⁶.

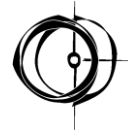
Así pues, como he señalado hasta ahora, se trataría de dar forma definitiva a la historia y, en ella o por medio de ella, a la comunidad nacional. La suscripción popular se convierte en un deber del buen ciudadano, así como un requisito imprescindible para movilizar de forma *natural* las energías y pasión colectivas. Al mismo tiempo, se trataría de capitalizar en el marco de una vasta empresa común el potencial legitimador y simbólico de los muertos en la guerra, convertidos en referentes esenciales del nuevo dosel sagrado bajo el cual habría de desarrollarse la vida en comunidad, dando pie así a un nuevo comienzo marcado por los valores que éstos encarnarían. En definitiva: dar un sentido a la muerte, cerrar la brecha producida por la angustia de la modernidad, por esa crisis permanente abierta en el ser ante la falta de una razón para vivir más allá de sí mismo, lo cual se consigue, entre otras muchas cosas, a través de la participación en la política y su experiencia a nivel individual y colectivo.

No obstante, encontramos cosas similares si nos adentramos en los años 40. Sin ir más lejos, la reconstrucción de templos religiosos, como expresión del fervor católico del pueblo español, factor esencial de unidad nacional y aglutinante del nuevo espíritu fascista, ocupó un lugar esencial entre las formas de participación mediante la suscripción popular:

Se levanta el nuevo templo en el mismo lugar que ocupaba el que fue destruido, y tiene doble capacidad que el anterior. Su coste se aproxima a las 800.000 pesetas, 50.000 de las cuales fueron entregadas por el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento cuando se inició la suscripción popular. Aparte una importante aportación oficial de

55. *ABC*, 4-4-1939, p. 18. La cursiva es añadida.

56. *ABC*, 16-7-1939, p. 41. La cursiva es añadida.



Madrid, *el resto ha sido obtenido por suscripción entre la población, [...], han desplegado una gran actividad*⁵⁷.

Buenos ejemplos de ello serían también las sucesivas campañas para reunir el Aguinaldo navideño de la División Azul, donde se favorece una movilización dentro de cauces absolutamente controlados por el propio régimen. Y aquí viene lo más interesante, pues la participación se convierte en un auténtico ejercicio democrático o, si se prefiere, una expresión de la voluntad nacional: “No es sólo la cuantía del donativo, sino el valor espiritual que tiene el aguinaldo. *Es un voto contra el comunismo el que se emite. Ese voto público va implícito en cada donativo para nuestros heroicos soldados de la División Azul*”⁵⁸. Por lo tanto, estaríamos ante una reafirmación del pueblo soberano, que a través de acontecimientos como éste hacía ejercicio universal de su sufragio en la más perfecta forma de democracia. Precisamente, el régimen se levantaba sobre ésta de forma natural, construido a su vez sobre los intereses colectivos de las diferentes partes que lo componían. Así, en este caso concreto, no sólo se participaba en el esfuerzo de guerra, sino que se obtenía una muestra del compromiso con el régimen y, al mismo tiempo, una forma cómoda de hacerlo que permitía obtener una visibilidad pública, algo que podía ser interesante a nivel individual o, también, empresarial por razones económicas y/o socio-políticas dentro de la permanente búsqueda de encaje en el Nuevo Orden por parte de los individuos. Algo similar ocurriría en el caso de la compra comunitaria de banderas, condecoraciones y distintivos en reconocimiento a la labor pública de determinadas instituciones, como el ejército, o personalidades políticas⁵⁹.

24

Los viajes de Franco por toda la Península y los actos de masas en torno a él eran otro momento importante de exaltación y movilización colectiva y, por supuesto, de participación individual, dado que eran individuos los que, con uno u otro propósito y bajo unas u otras circunstancias, asistían a estos eventos y se congregaban en torno al Caudillo. Son múltiples los ejemplos que podríamos citar en este sentido y todos nos remitirían a reacciones y escenarios muy similares, mostrando la relación de Franco con las masas, a las cuales haría participar del curso de la historia con su sola presencia, esculpiendo el tiempo, forjando el mito con el solo hecho de hallarse presente que, asimismo, lo envolvería todo de espíritu por medio del fervor de los congregados en torno a él. A éstos debería y de éstos nacería su genio y en ellos se reintegraría haciendo posible esa *unidad de destino*, obra y voluntad de su *mando*:

el gentío, apretujado en las vías del trayecto, que aparecían rebosantes y ofrecían grandioso aspecto, *hervía de entusiasmo*, porque esa es la verdad, sin añadido de ninguna clase, sin necesidad de echar mano de la hipérbole. El pueblo de *Oviedo llegó al paroxismo al paso del Caudillo*. [...]. Tenemos la pretensión de creer que no podrá darse fácilmente otro igual en parte alguna, sobre todo por *la forma de entregarse los ovetenses a esa expansión de homenaje* al artífice de la victoria cuya fecha de estancia en la espléndida región asturiana, [...], pasará a los anales de la historia local como una de las efemérides más gloriosas.

Una vez más, asistimos a la codificación mito-poética de la realidad por medio del lenguaje, presentando ésta en clave de movilización permanente, el cual tendría un

57. *La Vanguardia Española*, 7-3-1944, p. 12. La cursiva es añadida.

58. *ABC*, 8-12-1942, p. 29. La cursiva es añadida.

59. Sobre la entrega de un estandarte para la Academia de Artillería en Segovia *ABC*, 10-6-1941, p. 4; o sobre la Medalla del Mérito Civil concedida a López Baños, gobernador civil de Ávila, *ABC*, 4-10-1945, p. 5.

poder performativo evidente a fuerza de repetirse y de su presencia omnipresente en el entorno. El líder, en este caso Franco, permitiría superar la brecha entre la política y la comunidad y su efectiva integración a través de la escenificación de la política que, por sí misma, entrañaría una desactivación del potencial subversivo de las masas, convertido el primero en la encarnación paradigmática de la identidad del pueblo al que encabeza.⁶⁰ Lo mismo ocurre al día siguiente durante su paso por León:

La ciudad fue hoy un hervidero de gente. De todas las partes de la provincia llegaron trenes especiales y autobuses con miles de personas. Durante toda la mañana bandas de música recorrieron las principales calles interpretando alegres composiciones. [...] Fue recibido por una inmensa multitud, que se calcula en más de treinta mil almas, a los gritos de ¡Franco, Franco, Franco! [...]. En la manifestación se veían grandes cartelones de los mineros de Santa Lucía que decían: ‘Los rojos nos perdieron; tú nos has ganado’⁶¹.

Estos acontecimientos, junto con las manifestaciones populares *espontáneas* de apoyo al régimen, que atravesarían la dictadura casi de principio a fin, se convirtieron en uno de los elementos estrella entre las variadas formas de participación toleradas durante el franquismo, siempre y cuando respondieran a sus intereses y sirvieran para reforzar y legitimar sus políticas.

Finalmente llegamos al punto culminante de la legitimación y consolidación política del primer franquismo por medio de la participación: la Ley de Referéndum del 22 de octubre de 1945 y su primera puesta en práctica con el referéndum del 26 de julio de 1947, por el cual fue aprobada la Ley de Sucesión y España fue proclamada “Estado católico, social y representativo, constituido en Reino”. Ambos instantes encontrarían su sentido último bajo las formulaciones teóricas, acontecimiento y escenarios que he analizado hasta aquí, que apuntarían hacia la construcción de una democracia orgánica donde la participación tendría lugar a través de los cauces naturales en los que se desarrollaría la vida del hombre: la familia, el municipio y los sindicatos gremiales, así como otras organizaciones representativas. De hecho, la ley en cuestión preveía la apertura “para todos los españoles [de] su colaboración en las tareas del Estado [...] para] dar nueva vida y mayor espontaneidad a las representaciones dentro de un régimen de cristiana convivencia”⁶². No por nada, en las crónicas que dan cuenta del voto favorable de más de 14 millones de españoles el régimen trató de exprimir al máximo el acontecimiento como una muestra de transparencia y legitimidad, que no haría sino refrendar el apoyo masivo brindado al régimen por la comunidad nacional, de ahí que conceptos como *consulta directa*, *computar escrupulosamente* o *ejercer derecho* estén presentes de forma permanente en el discurso franquista⁶³.

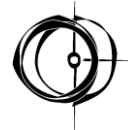
En este sentido, para dirigentes y teóricos como José Luis Arrese el Estado franquista constituiría la auténtica democracia, pues en él tendría lugar la participación efectiva y ejemplar de los ciudadanos en las tareas del estado y, a su vez, a través de él serían canalizadas las energías de toda la comunidad integrada de forma orgánica:

60. MOSSE se refería a esta realidad en términos de *democratic leadership* [liderazgo democrático], cuyo máximo paradigma sería el gobierno de D’Annunzio sobre Fiume. Véase MOSSE, “Fascism and the French Revolution”..., pp. 14-16.

61. Ambas citas en *La Vanguardia Española*, 23-5-1946, p. 3.

62. Consultada en BOE, 95, 21-4-1967, p. 5.271. Disponible online: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01361697557806725311802/p0000001.htm#I_1_> (consultado el 31 de enero de 2014).

63. Véase *La Vanguardia Española*, 27-7-1947, p. 3.



La Falange aspira a ser cualquier cosa menos una dictadura, y si hasta ahora ha vivido en pugna con su deseo o ha parecido lo contrario de lo que era, ha sido contra su propia esencia y obligada por las consecuencias que traen consigo las guerras. Pero normalizada ya la situación moral en España, la Falange ha de emprender su auténtico programa de valorizar al hombre y de implicarlo libre, entero y consciente en la dirección de la Patria. ¿Qué otra cosa supone la existencia de las Cortes Españolas y esa preocupación falangista que está a punto de cristalizar en el reconocimiento de los derechos de la personalidad humana y en la participación del pueblo en las tareas del Estado a través de los Municipios y los Sindicatos?⁶⁴

Para el dirigente vizcaíno, una de las tareas fundamentales del nuevo estado sería restablecer esos puntos de encuentro naturales de la comunidad nacional, tanto a nivel político-institucional como espiritual, devolviendo al conjunto de los españoles aquello que comparten y, en última instancia, su lugar en el mundo.

Una y otra vez se trata de construir la unidad y, más allá de ello, escenificarla y convertirla en una fortaleza inexpugnable capaz de proyectar por sí misma sobre el mundo los valores de la Nueva España, todo ello en medio del caos y el desastre de la posguerra. Por ello, se señala que

ningún partido ni hombre público elegido por procedimiento democrático auténtico y verdadero –nos referimos a los partidos y a los hombres que gobiernan actualmente la marcha del mundo – pueden gloriarse de haber asumido la confianza popular en una proporción parecida a la que arroja el recuento de los votos emitidos en el trascendental referéndum español. [...]. En resumen: la incuestionable validez democrática del sistema español se apoya no ya en el procedimiento seguido para pulsar a la opinión, sino, de modo específico y glorioso, en la casi unanimidad de los votos emitidos por la casi totalidad de los españoles mayores de edad, censados con escrupulosidad y presentes en el sufragio por un movimiento incontenible y espontáneo del país, que quedará registrado en la historia como uno de los mayores fastos nacionales.

Y es que, más allá del autobombo, el recurso al referéndum o plebiscito por parte de los fascismos durante el periodo de entreguerras –algo que estaba muy presente en el clima político de la época– fue algo verdaderamente común, utilizado éste como instrumento político de legitimación y autocomplacencia. Lo utilizó la Alemania del Tercer Reich, sobre todo para justificar la anexión o reincorporación de diferentes territorios, como en el caso del Sarre, Austria o los Sudetes. También Mussolini convocó sendas consultas en 1929 y 1934 para dar base legal a su dictadura, tal y como ocurre en el caso que nos ocupa aquí ahora, donde se lleva a cabo la resignificación y la apropiación de las ideas fundamentales de la arena política como lo *social* o la *representación*. De tal forma que, a sus propios ojos, la más perfecta forma de democracia –en tanto que participación y representación– sería la encarnada por el régimen, dada “la casi absoluta unanimidad de un pueblo tras un gobernante, la absoluta y espontánea expresión de voluntad, impresionante por su volumen ejemplar, por su sinceridad y aleccionadora, para propios y extraños, por su patriotismo”⁶⁵. Una democracia orgánica que habría encontrado los cauces necesarios para dar expresión al sentir popular de forma unánime, para forjar una auténtica *unidad de destino* reactualizada de forma permanente en el ejercicio compartido del poder a nivel familiar, local, provincial y, finalmente, nacional.

64. José Luis ARRESE, “Discurso en el I Consejo Nacional de Jefes Provinciales del Movimiento” [Madrid, 12 de diciembre de 1943], en *Nuevos Escritos y discursos*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1945, pp. 95-96.

65. *La Vanguardia Española*, 27-7-1947, p. 3.

Conclusión: sobre los límites y utilidad del concepto de participación en el estudio del franquismo

No querría dejar de señalar que soy plenamente consciente de las limitaciones que entraña un enfoque de este tipo cuando queda prácticamente reducido al nivel discursivo, más teniendo en cuenta la ausencia de una opinión pública real durante el franquismo. Así pues, lo que ofrezco aquí es una visión teórica y una propuesta interpretativa diferente desde la que poder observar a partir de un nuevo prisma las dinámicas que hicieron posible la construcción, el arraigo y la extremada duración del régimen del 18 de Julio. Nada de esto es óbice para que defienda su plena operatividad historiográfica, en tanto que refleja una realidad esencial inherente a cualquier régimen político contemporáneo que se precie, como es la de la participación y la experiencia políticas, así como la lucha por conceptos clave en la definición de la vida en comunidad. Con lo cual, el enfoque se ofrece y plantea como un posible marco interpretativo para aspectos parciales de futuros estudios de caso que permitan llenar de contenidos las tesis aquí apuntadas, ya sea reafirmandolas, refutándolas o matizándolas.

Una cuestión fundamental para la comprensión del periodo de entreguerras pasa por entender que las formas de expresión y participación de muchas de las culturas políticas propias de este arco cronológico implicaban una concepción notablemente distinta de nuestras propias experiencias políticas. Unas praxis políticas que, sin lugar a dudas, resultaban tanto o más legítimas, directas y auténticas para los que participaban de ellas que la representación parlamentaria, pues daban expresión colectiva a unos determinados sentimientos y encarnaban una unidad nacional o de clase reales⁶⁶.

Como no podía ser de otro modo, en la realización de este artículo partía de ciertas intuiciones e ideas previas surgidas al calor de mis propias investigaciones y, también, del camino alumbrado por otros compañeros y compañeras en torno al modo en que tuvo lugar la relación entre el estado y los individuos –la sociedad, hablando en términos actuales– a través del fascismo y, de igual forma, la manera en que ésta fue escenificada. Evidentemente, muchas de las cuestiones y acontecimientos aquí apuntados no dejan de ser momentos excepcionales en el lento y pesados día a día de la España de la posguerra. Por ello, más allá de estos instantes cabe preguntarse qué plasmación real tuvieron en la vida de los hombres y mujeres las ideas, discursos y acontecimientos que articularon el proyecto fascista, cuando resulta obvio que tuvieron una honda repercusión tanto en el *modus operandi* de las nuevas instituciones como en el marco de las relaciones sociales. Sin duda, es aquí donde reside el *quid* de la cuestión de cualquier futuro análisis que trate de abordar los aspectos relacionados con la participación y la experiencia política bajo el franquismo: dar cuenta de los límites y obstáculos a los que se enfrentó el régimen en su proceso de implantación, que en muchos casos resultaron insalvables. Para una buena mayoría, esto se tradujo en desafección y hastío respecto a la política en general, lo cual no respondió ni mucho menos a una política preconcebida del régimen, sino a una consecuencia natural de su propia manera de proceder y entender la realidad: el desencanto era, sin lugar a dudas, un mal menor frente a la posibilidad de una resistencia abierta, por mucho que habría preferido la adhesión y participación activa del mayor número de ciudadanos. Sin embargo, conviene recordarlo, se trató fundamentalmente de una aversión respecto a ciertas formas de hacer política, encarnadas en el socialismo, el liberalismo, el comunismo o el anarquismo, que habrían sido condenadas por ser las que a los ojos del

66. Véase MOSSE, “Fascism and the French Revolution”..., p. 8.

franquismo y, finalmente, de muchos españoles propiciaron con su inconsciencia el desastre de la guerra civil⁶⁷. Tal y como ha señalado recientemente Rodrigo “Ningún fascismo renunció [...] a la construcción palingenésica de una nación concebida como una comunidad biológica e histórica de individuos afines, amenazada por elementos extraños. Otra cosa es que los fascismos nunca hayan estado a la altura de sus mitos”⁶⁸.

En definitiva, es probable que salvo en momentos muy puntuales no se diera en términos generales una participación activa y entusiasta de la gran mayoría de los españoles en los mitos y actividades planteadas por el régimen⁶⁹. En términos generales, cabe hablar de acomodación a dichos mitos y símbolos, tal y como han señalado los mismos Hernández y Rodríguez Barreira, una acomodación que en muchos casos no excluyó la apropiación de los discursos, marcos de referencia y narrativas fundamentales del régimen en uno u otro sentido, con lo cual estaríamos hablando de una forma de participación inconsciente y cotidiana⁷⁰. A ello se une el hecho de que el fascismo trataría de capitalizar y hacer suyas por todos los medios a su alcance las diferentes manifestaciones y ritmos de la cotidianeidad, haciéndolos pasar por expresiones del ser nacional. Sea como fuere, estamos ante una cuestión de enjundia y que al abordarla caminamos sobre arenas movedizas. Sólo dentro de una visión amplia de los fenómenos y las ideas objeto de estudio obtendremos nuevos resultados. Por ello, un buen conocimiento del franquismo en relación con otros regímenes y fenómenos de su tiempo abrirá nuevas puertas a la comprensión del periodo de entreguerras en toda su complejidad.

67. RODRÍGUEZ BARREIRA, “The Many Heads of the Hidra...”

68. RODRIGO, *Cruzada, Paz, Memoria...*, p. 49.

69. HERNÁNDEZ BURGOS, *Franquismo a ras de suelo...*, pp. 32-33.

70. Algo similar ha sido señalado para el caso del nacionalsocialismo y el Tercer Reich en Moritz FÖLLMER, “Was Nazism Collectivistic?...” pp. 61-100 y “The Subjective Dimension of Nazism”, *The Historical Journal*, 56/4 (2013), pp. 1.107-1.132.